



## Comentario bibliográfico

**Esmonde Cleary, Simon: *The Roman West, AD 200-500. An Archeological Study*, Nueva York, Cambridge University Press, 2013.**

**Diego Santos**

*Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de La Plata*

*ddiegosantos@hotmail.com*

*Fecha de recepción: 10/12/2014*

*Fecha de aprobación: 15/02/2015*

**E**l tema de la decadencia y caída del Estado Romano en Occidente es uno de los más trabajados en la historia académica y de divulgación ya que se constituyó en el paradigma de la crisis de los grandes imperios. La profusa bibliografía acerca de este tema es despareja en cuanto a su periodización y alcance espacial como reflejo de las hipótesis con respecto al problema. Aún cuando las explicaciones basadas en fuentes literarias permanezcan siendo las que más proliferan en la historiografía de esta temática, las continuas excavaciones y la renovación de los marcos interpretativos de los restos materiales han permitido que varios investigadores incorporen el análisis arqueológico con mayor asiduidad e intensidad.

Sin embargo, para Simon Esmonde Cleary, profesor de arqueología romana en la Universidad de Birmingham, los libros publicados más recientemente, que incluyen en su análisis las mismas regiones y periodos que el suyo, aún cuando realicen un importante uso de material arqueológico

lógico, no han dejado de hacerlo limitadamente y continúan estando basados en las fuentes textuales. El autor realiza en la introducción un prolijo estado de la cuestión acerca de los libros de lengua inglesa que desde 1991 se han dedicado a tratar el tema. Para él, aún los libros que realizan un extensivo uso de la arqueología, la monumental obra de Chris Wickham<sup>1</sup>, y las de Guy Halsall<sup>2</sup> y Bryan Ward-Perkins<sup>3</sup>, no dejan de basarse en fuentes textuales y solo utilizan la arqueología para complementar la evidencia escrita. Mientras que los trabajos arqueológicos como los de Ellen Swift<sup>4</sup>, Richard Reece<sup>5</sup> y Jeremy Knight<sup>6</sup> tienen un alcance restringido pues estudian aspectos específicos como la etnicidad de frontera, la cultura material de la élite y el cristianismo, respectivamente. El fallido libro de Neil Christie, *The Fall of the Western Roman Empire. An Archeological & Historical Perspective*<sup>7</sup>, ni siquiera es mencionado.

El autor remarca enfáticamente que su libro es de arqueología y no de historia, y que su propósito es emanciparla del papel de sirviente de la historia, e intentar hacerlo estableciendo los tipos de evidencia que puede aportar a los debates de esta área del pasado humano y también los parámetros dentro de los cuales esta evidencia y su análisis puede ser interrogado, especialmente por miembros de otras disciplinas. Es de esta forma que la arqueología y la historia podrán contribuir con sus respectivas perspectivas, las cuales a veces estarán en armonía y en otras se contradirán abiertamente.

A pesar de este propósito, Esmonde Cleary admite que le es casi imposible escapar a las meta narrativas de “decadencia y caída” y “asentamientos germánicos”. Pero su aproximación va a ser mayormente desde los conceptos de integración-desintegración, regionalización e identidad, más que de colapso estatal y etnicidad. Las fuentes textuales tales como la *Notitia Dignitatum*, la

---

1 Wickham, Chris: *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.

2 Halsall, Guy: *Barbarian Migrations and the Roman West, 376-568*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007.

3 Ward-Perkins, Bryan: *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.

4 Swift, Ellen: *The End of the Western Roman Empire. An Archeological Investigation*, Gloucestershire, Tempus Publishing, 2000.

5 Reece, Richard: *The Later Roman Empire: An Archeology AD 150-600*, Gloucestershire, Tempus Publishing, 1999.

6 Knight, Jeremy: *End of Antiquity: Archaeology, Society and Religion in Early Medieval Western Europe*, Gloucestershire, Tempus Publishing, 2007.

7 Christie, Neil: *The Fall of the Western Roman Empire. An Archeological & Historical Perspective*, Nueva York, Bloomsbury, 2011.

*paideia*, las ideas cristianas acerca de la muerte o las noticias sobre pandemias, las utilizará más como proveyendo modelos para la arqueología que como estructuras pre ordenadoras en las que ésta debe encajar.

El título del libro llama a confusión, pues el Occidente romano que trabaja son la Galia, las provincias germanas e Hispania, dejando fuera a las provincias africanas occidentales e Italia. En este último caso señala haberla omitido por un criterio pragmático, ya que hubiera alargado enormemente el libro y lo hubiera enfrentado al problema de la mega ciudad de Roma. Britania solo es tratada en la medida en que complementa o contrasta la información de las áreas continentales en las que se centra el estudio.

El periodo que va del 200 al 500 d.C. posee una periodización que de por si remite más al concepto de “imperio romano tardío” que al de “antigüedad tardía”. Sin embargo, el autor apenas tiene en cuenta el primero de estos términos, pues escogió estas fechas no para que coincidiera con alguna de estas perspectivas sino porque son umbrales de grandes cambios arqueológicos que implican importantes transformaciones en las formas de asentamiento básicas, formaciones sociales y económicas y por lo tanto en la naturaleza del registro arqueológico. Estos siglos son significativamente un periodo arqueológico con perfil propio, marcadamente diferente del anterior y del posterior. Tendrían el carácter de *moyenne durée* braudeliana, mientras que los hechos políticos y eventos que alteran la visión del mundo de las personas serían *conjonctures*, y las comparaciones con los periodos anterior y posterior pertenecerían a la *longue durée*.

El primer capítulo trata de la crisis del siglo III, tema harto desarrollado aunque de importancia cada vez más relativizada, y el segundo a la respuesta militar a ella. Para Esmonde Cleary, la crisis militar, de legitimidad imperial, económica y financiera actuaron a menudo como un *Deus ex machina* que explica todo cambio (p. 22). Según él, el registro arqueológico de cambio acelerado no fue en la segunda mitad del siglo III, en consonancia con las guerras civiles y las invasiones germánicas, sino un siglo antes. El final de la edificación de importantes monumentos y edificios públicos y del hábito epigráfico se debió a cambios en la forma de manifestar la importancia social, y el menor tráfico de productos interregional no puede ser asociado arqueológicamente con los trastornos militares. Aún un tipo de evidencia que coincide cronológicamente con el auge de la

crisis en la segunda mitad del siglo III, el hallazgo de tesoros escondidos con monedas y objetos datados de décadas anteriores, puede ser explicado como una consecuencia del mayor hábito de acumular monedas puesto que su devaluación permitió que fuera usada más frecuentemente para transacciones comunes por primera vez en muchas zonas, y no para esconderlas de eventuales saqueadores.

Al analizar la respuesta militar a la crisis, el autor hace especial hincapié en la militarización del norte galo entre los ríos Loira y Rin, región en la que las invasiones provocaron un mayor impacto. El ejército pasó a convertirse en el modelo a seguir para la élite de la región. Los enterramientos con armamento no serían una declaración de etnicidad germánica, sino una muestra de un cambio que implicó un desdibujamiento de las diferencias entre civiles y militares. La creación de sitios urbanos fortificados durante fines del siglo III y el siglo IV no era simplemente el reflejo pasivo de las necesidades militares del momento. Eran también lugares donde generaciones de poblaciones civiles que habitaban en ellas eran formadas, y en los que estas construcciones eran un constituyente significativo para la creación de un nuevo modelo de ciudadano, más militarizado.

Los capítulos 3 al 5 tratan sobre la reformulación de las ciudades, el cristianismo y las religiones tradicionales, y la relación entre emperadores y aristócratas en el Occidente tardo romano respectivamente. En el primero de ellos, luego de examinar detalladamente varios estudios de caso, llega a la conclusión de que el estereotipado modelo de urbanización de murallas e iglesias no era común antes del siglo V. Un tipo de ciudad es representado por las que fueron sedes imperiales y las de Galia meridional, España y Britania, y otro por las del norte galo y Novempopulania. El primer grupo exhibe un considerable grado de continuidad con el pasado clásico en el diseño de la ciudad, en su falta de fortificaciones y en la supervivencia en mayor o menor grado de monumentos cívicos, precintos religiosos y edificios. Su ideología era la de reivindicar las glorias del pasado y su superioridad moral y cultural (p. 147). El segundo grupo poseía las características enunciadas en el capítulo 2. Con respecto a la religión señala que la expansión y éxito final del cristianismo fue mucho más lento de lo que el patronazgo imperial podría hacer creer y que la mayoría de la población adhería a las deidades y prácticas tradicionales del Estado romano y a otros cultos mediterráneos, en especial a la miríada de cultos de dioses y espíritus locales. El im-

pacto del cristianismo afectó mayormente a la topografía de las ciudades pero no de forma significativa hasta comienzos del siglo V. En la Galia, 120 edificios relacionados con las religiones tradicionales siguieron en funcionamiento durante el siglo IV, e incluso hasta comienzo del V, y no hay que descartar que haya habido fundaciones de nuevos templos. La evidencia en la península ibérica es aún más oscura a este respecto debido a la escasez de trabajos de prospección arqueológica. En el quinto capítulo señala que los palacios fortalezas de los emperadores, que se encontraban cerca de las zonas de frontera, alimentaban la representación de estos como generales conquistadores, azote de bárbaros y restauradores de la paz interna. Luego hace especial énfasis en las aristocracias del sur galo y España donde, como había indicado anteriormente, las manifestaciones de estatus civil mantuvieron una mayor importancia. En las *villae*, muchas habitaciones servían para más de un propósito. Las residencias estaban dominadas por una creciente jerarquización que incrementó la separación social de la élite con respecto a sus inferiores en términos de control y acceso. Los inferiores solo podían acceder a algunos aposentos, y actividades y funciones públicas pasaron a desarrollarse en un contexto privado. Las representaciones de escenas de caza son cada vez más numerosas y era la actividad por excelencia de las élites. La *paideia* explica la continuidad del uso de símbolos mitológicos junto con los cristianos en las representaciones visuales. Considera que los múltiples grados de identidades étnicas, de género, edad y regional son manifestados visualmente y que las construcciones sociales de la romanidad tardía poseían una naturaleza integradora de las aristocracias civiles y militares.

Los siguientes dos capítulos se refieren a los asentamientos rurales y a la economía del Occidente romano tardío. Esmonde Cleary considera que la producción agropecuaria superaba ampliamente la producción necesaria para mantener la *villa* y sus habitantes y que grandes cantidades de excedentes eran distribuidos mediante los impuestos, pero que más probablemente fueron al mercado comercial. Si el activo tráfico mediterráneo no tuvo la misma actividad después del siglo III fue por un cambio en los gustos de consumo causado por el cambio en las zonas de reclutamiento. Para él, la economía de mercado tiene más posibilidad de preeminencia que la imperial porque es el agregado de muchas parcelas individuales de pequeña escala. El campesinado también participaba del comercio como muestra la distribución de la cerámica. Las demandas del Estado sobre y más allá de las satisfechas por el sistema fiscal produjeron una presión sobre la pro-

ducción agrícola que fue empujada por sobre la natural capacidad de los territorios a largo plazo, una táctica insostenible en el mediano plazo sin innovaciones en las técnicas productivas o los tipos de cultivos, los que no parecen haber ocurrido. Esto puede haber provocado una erosión y empobrecimiento del suelo en el periodo imperial medio. La política económica demandó la suspensión de algunas leyes de la economía natural del mundo antiguo para el movimiento imperativo de suministros (p. 336).

Los capítulos 8 y 9 tratan sobre los bárbaros, el colapso del imperio y la desintegración del Estado en el siglo V. Desde la perspectiva de la arqueología lo que le pasó al ejército durante el siglo V fue que progresivamente dejó de ser sostenido por un Estado cada vez más enfermo. Y como consecuencia se incrementó la responsabilidad de comandantes individuales y el control de la estructura militar fue privatizado. El debate de la etnicidad fue situado principalmente dentro del dominio de la arqueología funeraria. “Las nociones “esencialistas” o “primordialistas” de la etnicidad son descartadas y reemplazadas por las “situacionalistas” o “performativas” de etnicidad y otras identidades” (p. 387). Los cambios en el norte de la Galia en cuanto a tecnologías de edificación, desarrollo de las estructuras de la sociedad rural y explotación de los recursos agrícolas pueden haber ocurrido para expresar sus formaciones sociales y sus regímenes agrícolas. Hay pocos hallazgos que puedan ser relacionados con territorios del lado oriental del río Rin. Durante este siglo había personas que deseaban presentarse en la vida y en la muerte en formas que no eran romanas. Un análisis isotópico de un cadáver en la meseta española muestra que la persona pasó cierta parte de su infancia en la región ponto-danubiana, pero eso no dice nada acerca de que fuera un visigodo por nacimiento, aunque pudiera haberse redefinido como tal en alguna etapa de su vida. Esto no significa que los eventos que describen las fuentes antiguas no hayan ocurrido, sino que simplifican una cadena de eventos más compleja que incluían identidades de género, estatus y edad. La integración y desintegración es particularmente visible y explicativa del registro arqueológico. La integración romana había sido sobreimpuesta y modificó un gran número de tradiciones y entidades locales. Esta integración estaba muy lejos de ser homogeneización. Como consecuencia de la desintegración estatal en el Oeste, las sociedades y los recursos tendieron a ser más pequeños en escala y esto se refleja en la arqueología con una disminución y simplificación de la cantidad de material arqueológico.

El último capítulo constituye el epílogo en el que se justifica que el periodo que transcurre entre los años 200 y 500 tiene una coherencia propia. Entre los años 200 a.C y 200 d.C, el mediterráneo fue profundamente marcado política, cultural y económicamente por la unificación del área, junto a partes de la Europa templada, bajo la égida de Roma. El ejército profesional localizado en las fronteras engendró una red de provisiones de larga distancia que actuó como impulsor de una multitud de economías locales. A esto se le sumó la producción y distribución de monedas y, más importante aún, la creación de un sistema de latifundios para obtener excedentes para que sus propietarios puedan gastarlo en la creación y despliegue de su estatus, especialmente como benefactores y constructores de edificaciones urbanas y rurales. El resultado fue una creciente presión en la producción agrícola de las provincias occidentales. Esto produjo en parte mejoras o cambios en la siembra de cereales y en la crianza de animales. Esta situación también llevó a cambios en las relaciones sociales, con un control más directo de la tierra y unos trabajadores más atados a sus lugares de producción. Esta enorme actividad económica y cultural se ralentizó y finalmente se frenó al final de la segunda centuria después de Cristo. Desde el siglo III se puede discernir una reorientación de los valores culturales y de sus expresiones económicas. El fin de las inscripciones epigráficas y del *evergetismo* cívico estuvo ligado a las consecuencias de un asentamiento del orden social y el consecuente descenso de la necesidad de proclamarlo permanentemente. Las elites gastaron más en sus residencias particulares ya que la competencia dentro de la ciudad y entre ellas había escalado hasta niveles de costo insostenibles. El abandono de tierras marginales parece estar asociado a un reordenamiento en la jerarquía de los asentamientos en el que los sitios más grandes y ricos se volvieron más dominantes. La plaga antonina pudo haber contribuido en este proceso pero no es rastreadable arqueológicamente ni en la osteología. Lo que estaríamos viendo es la extensión del control de la tierra por parte de la élite y la subordinación de los más débiles. El florecimiento de las economías provinciales reemplazó a las rutas de larga distancia mediterráneas que además satisfacía cada vez menos a los consumidores de la frontera. Así comenzó el primer umbral.

Para el cierre del periodo, la evidencia arqueológica sugiere que desde el comienzo del siglo V es cada vez más difícil reconocer un ejército permanente distinto del resto de la población. La cultura material de la región fronteriza contenía una mayor proporción de material de la costa

oriental del río Rin y de la región pónico-danubiana. También hubo un precipitado declive en el suministro de monedas de las cecas imperiales. Desde el final del siglo IV, la creación de iglesias urbanas devino cada vez más estandarizada. Las elites adoptaron una forma de manifestarse socialmente más marcial, lo que se trasladó a los ritos funerarios. En la segunda mitad del siglo V, las residencias rurales fueron abandonadas, ocupadas por intrusos o reconvertidas en iglesias. Esto sucedió en parte por razones funcionales, debido a la falta de disponibilidad de artesanos capaces de mantener las estructuras, pero también por el abandono de un estilo de vida aristocrático. Vemos un movimiento hacia estructuras más simples de madera que ha sido explicada en términos étnicos pero son mejor comprendidas por un complejo de cambios que llevó al desuso de la mampostería de estilo romano. Otra explicación es el creciente dominio de la Iglesia y su disgusto con el arte heredado del mundo pagano. Desde el punto de vista del productor este fue un periodo de simplificación de las técnicas de producción, del rango y volumen de la producción y de las redes de distribución. Desde el punto de vista del consumidor fue un periodo de disponibilidad y elección decreciente. Concluye que la evidencia de la conciencia de pertenecer a entidades políticas separadas nos alerta de un umbral de cambio aún sin las fuentes textuales, y que el año 500 constituye tanto un fin como un comienzo.

Este libro supera ampliamente su propósito. Pues si bien es presentado como un trabajo de síntesis, el análisis de conjunto del periodo lo convierte, de hecho, en uno de investigación. Las conclusiones acerca de distintos hallazgos y procesos no son necesariamente novedosas pero su integración y cohesión dentro de un periodo de *moyen durée* sí lo es. Si bien sostiene que la regionalización es uno de los rasgos más importantes de la época, explicar los procesos sin la inclusión de Italia, y más aún del Norte de África de donde provenía gran cantidad de la producción que llegaba a España y la Galia, le quita rigor a un trabajo que no se limita a describir y realizar generalizaciones sobre hallazgos arqueológicos en determinados territorios. Las referencias al Oriente romano son prácticamente nulas, y semejante entropía limita el análisis que se podría haber realizado a partir de comparaciones sincrónicas, aunque solo fueran hechas en base a referencias de obras secundarias. De todas formas, es el mejor trabajo histórico basado en fuentes arqueológicas escrito hasta el momento sobre estos siglos.